

JESÚS

QUIEN AMA
EL ALMA
DE LA MUJER

ERWIN & REBECCA LUTZER



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.
CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la emocionante página de Tyndale en la red informática: www.tyndale.com
TYNDALE y la pluma del logotipo de Tyndale son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Título original: *Jesus, Lover of a Woman's Soul* (Tyndale, 2006)

Jesús, Quien Ama el Alma de la Mujer © 2006 por Erwin and Rebecca Lutzer. Todos los derechos reservados.

Arte de la portada cortesía de Musée des Beaux-Arts, Reims, Francia/J.P. Zenobel/
Bridgeman Art Library. Todos los derechos reservados.

Fotografía de los autores © por Jim Whitmer Photography. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la contracubierta del archivo “floor” © por iStockphoto.com. Todos los derechos reservados.

Diseño: Beth Sparkman

Edición del inglés: Lisa Jackson y Bonne Steffen

Traducción al español: Julio C. Vidal

Edición del español: Cecilia Castro y Nahúm Sáez

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de la versión Reina-Valera 1995 (RVR 1995) © 1995 por las Sociedades Bíblicas Unidas.

Versículos bíblicos indicados por NVI han sido tomados de *La Nueva Versión Internacional* de la Biblia, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Lutzer, Erwin W.

[Jesus, lover of a woman's soul. Spanish]

Jesús, quien ama el alma de la mujer / Erwin & Rebecca Lutzer.

p. cm.

ISBN-13: 978-1-4143-1029-9

ISBN-10: 1-4143-1029-3

1. Jesus Christ—Views on women. 2. Women in the Bible. 3. Bible. N.T. Gospels—Criticism, interpretation, etc. I. Lutzer, Rebecca. II. Title.

BT590.W6L8818 2006

232.90082—dc22

2006045602

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

11 10 09 08 07 06

6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Agradecimientos	vii
Jesús y la Mujer de Hoy	ix
1. Jesús, Quien Ama a María Magdalena	3
2. Jesús, Quien Ama a la Mujer Divorciada	23
3. Jesús, Quien Ama a la Madre Perseverante	45
4. Jesús, Quien Ama a la Prostituta	63
5. Jesús, Quien Ama a la Enferma y a la Moribunda	81
6. Jesús, Quien Ama a la Mujer Adúltera	101
7. Jesús, Quien Ama a la Mujer Preocupada y Ansiosa	117
8. Jesús, Quien Ama a la Mujer Extravagante	139
9. Jesús, María Magdalena y las Leyendas	157
Notas	175

AGRADECIMIENTOS

Deseamos expresar nuestro profundo agradecimiento al maravilloso equipo de Tyndale House Publishers. Su calidez y pericia nos guiaron para escribir apasionadamente acerca de Jesús y compasivamente para todas las mujeres que leerán este libro.

Jan Long Harris
Sharon Leavitt
Nancy Clausen
Caleb Sjogren
Lisa Jackson
Bonne Steffen

Jan nos inspiraste y desafiaste para escribir el libro. Lisa nos guiaste y trabajaste afanosamente con nosotros en pulir el manuscrito. Fue un placer trabajar con ustedes.

Gracias al maravilloso personal del hotel The Lodge en Buchanan, Michigan, que nos ofreció la más generosa hospitalidad mientras meditábamos en la Escritura y trabajábamos en el manuscrito. Siempre estaremos agradecidos por su amabilidad.

Finalmente, gracias a ustedes, las queridas mujeres cuyas apasionantes historias forman parte de este libro. Oramos para que sus sufrimientos sean usados por Dios para animar e inspirar a otras mujeres que aún ahora buscan a Jesús, quien ama sus almas.

Erwin y Rebecca Lutzer

INTRODUCCIÓN

JESÚS Y LA MUJER DE HOY

¿Qué relevancia tiene un hombre que vivió hace dos mil años para la mujer de hoy? Si ese hombre es Jesús, la respuesta se resume en una palabra: ¡*Mucha!*

Jesús nos alcanza hoy tal como lo hizo antes a través de siglos, invitándonos a acercarnos a Él en busca de la esperanza y sanación que Él proporcionó a las mujeres que lo buscaron hace tanto tiempo. A diferencia de otros maestros que sólo pueden inspirarnos con el ejemplo que dejaron, Jesús establece una relación personal con cada uno de nosotros, exhortándonos a que respondamos a su invitación de restauración y de confirmación personal.

“Jesús fue el primer feminista”, le explica el personaje de ficción Sir Leigh Teabing a la criptóloga Sophie Neveu en la novela *El Código Da Vinci*.¹ Para mucha gente, la palabra feminista evoca imágenes de individualismo radical, derecho al aborto y un cúmulo de otras “causas”. Podemos decir con confianza que Jesús no fue un feminista en el sentido moderno. Ni tampoco tuvo la intención de que la Iglesia fuese edificada sobre María Magdalena, como lo afirma el autor Dan Brown en su mega éxito editorial.

Si por *feminista* queremos decir que Jesús rompió con la humillante visión que los hombres de su época tenían acerca de las mujeres; si queremos decir que sobrepasó los límites legalistas del prejuicio —si tal es nuestra interpretación de esa expresión—,

entonces *sí*, Jesús fue “el primer feminista”. *Fue* un revolucionario en su trato con las mujeres. Se atrevió a creer en el ministerio de las mujeres y las valoró de una manera nada común para su época.

Los críticos nos dicen en la actualidad que el cristianismo ha promovido una cultura dominada por el varón que suprime a las mujeres. Es muy cierto que las mujeres han sido, a menudo, tratadas como ciudadanas de segunda clase a lo largo de la historia de la Iglesia, y se pueden encontrar muchos comentarios despectivos acerca de ellas que apoyan esta afirmación. Pero tal prejuicio no se encuentra en las páginas del Nuevo Testamento o la iglesia primitiva. En los primeros siglos después de la muerte y resurrección de Jesús, por lo general, a las mujeres que lo seguían se las honraba y, a su vez, se les enseñaba a sus maridos a honrarlas. Muchas de las restricciones que los escritores cristianos posteriores impusieron a las mujeres tienen más que ver con la cultura popular que con el Nuevo Testamento.

En este libro intentamos mostrar cómo Jesús cortó al ras la doble moral que marginaba a las mujeres de su tiempo. Con ello no negó las enseñanzas del Antiguo Testamento, sino más bien mostró que los líderes religiosos habían agregado sus propias restricciones hipócritas a la ley y habían ignorado la totalidad de su enseñanza. Estos líderes religiosos, desafortunadamente, mezclaron las costumbres de esos días con sus propios prejuicios y los elevaron a una condición divina. Jesús afirmó y reafirmó a las mujeres como partícipes iguales de la familia de Dios, la cual vino a establecer. Cuando proclamó la libertad a los cautivos, lo hizo en parte para contrarrestar el debilitante prejuicio cultural contra las mujeres. Jesús creó claramente una nueva familia de hermanos y hermanas que comparten el mismo Padre celestial (Marcos 3:31-35). Así, como miembros de la nueva familia, las mujeres deben tener la igualdad del privilegio espiritual.

Jesús no hizo comentarios explícitos acerca de cambiar el orden del Antiguo Testamento en lo que respecta al liderazgo del hombre en la adoración y dentro de la estructura familiar. Incluso eligió doce apóstoles varones. Pero en sus relaciones personales, simplemente ignoró las tradiciones comunes de su época, tradiciones que relegaban a las mujeres a una condición de segunda clase. En su presencia, las mujeres salían de su escondite y eran reafirmadas como hijas de Dios.

Muchos conocemos las historias de los hombres que dejaron todo para seguir a Jesús. Pero, a menudo, pasamos por alto a las mujeres que también lo dejaron todo para seguirlo. Solamente podemos apreciar esa idea tan radical cuando entendemos que a las mujeres judías de ese tiempo ni siquiera se les permitía leer las Escrituras y mucho menos salir de sus casas excepto para cumplir con sus responsabilidades hogareñas. Un rabino del siglo primero llegó a decir que las palabras de la Torá (la Escritura hebrea) deberían ser quemadas antes que serles confiadas a la mujer. Sin embargo, Jesús compartió su palabra con muchas mujeres diferentes mientras andaba por los polvorientos caminos del antiguo Israel. En efecto, confió el mensaje más importante de la Iglesia primitiva —el de su propia resurrección— para que fuese proclamado por primera vez por una mujer de pasado dudoso.

En resumen, el propósito de este libro es guiarle al corazón de Jesús. Usted verá cómo rompió muchos tabúes, cómo rechazó estereotipos profundamente arraigados y cómo se arriesgó a ser incomprendido a fin de ayudar a las mujeres que encontró a su paso.

Si pudiese conocer a Jesús hoy, ¿qué le pediría?:

¿Perdón?

¿Sanidad?

¿Vida eterna?

¿Liberación?

¿Purificación?

¿Reafirmación?

¿Esperanza?

¿Amor?

Las mujeres que conocieron a Jesús tenían las mismas necesidades. Algunas de ellas lo buscaron, mientras otras fueron halladas por Él. Cada una de ellas había agotado sus recursos y necesitaba un milagro de alguien que las comprendiera y que no las condenara. Algunas tenían una gran fe, otras no.

Cada relato en este libro nos habla de un encuentro divino. Usted puede conocer hoy al mismo Jesús si viene a Él con sus más profundos anhelos. Él nos llama con una voz lo suficientemente fuerte como para ser oída en medio del bullicio de nuestra prejuiciosa cultura.

Nuestra oración es que, cuando usted termine de leer estos capítulos, pueda decir con profunda confianza: Jesús es quien ama mi alma.

Acompáñenos en un viaje que señala el camino.

Erwin y Rebecca Lutzer

Iglesia Moody

Chicago, Illinois



Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Lo acompañaban los doce, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, Susana y otras muchas que ayudaban de sus bienes.

LUCAS 8: 1-3

JESÚS, QUIEN AMA A MARÍA MAGDALENA

Karla llegó a nuestras vidas en los primeros años de nuestro ministerio. El trauma de su infancia la había dejado insegura para sobrellevar los desafíos y las tensiones de vivir en el mundo real. Era una cristiana joven e inmadura, que había pasado por una gran confusión emocional y espiritual por muchos meses. Sus dos años de matrimonio habían sido un desafío, y su trabajo era agotador y mentalmente exigente.

A estas situaciones se le agregaba la carga de su madre inválida, que frecuentemente dependía de Karla para que atendiera sus necesidades físicas y emocionales. Su madre había dejado un importante culto religioso muchos años antes y aún luchaba ocasionalmente con visiones espantosas y opresión demoníaca. Ella había compartido con Karla hacía poco que había tenido una pesadilla con imágenes diabólicas que la habían aterrorizado y que recordaba haberla llamado una y otra vez.

A medida que la confusión y la tensión crecían en su mente, Karla comenzó a tener pensamientos extraños y tenebrosos. Un día, mientras estaba en el trabajo, le contó sus temores a una compañera, una creyente fanática de un grupo religioso diferente. Durante la hora del almuerzo, la mujer insistió en imponer sus manos sobre ella y orar de una manera inusual.

Al poco tiempo, Karla comenzó a escuchar voces. Su percepción de la realidad empezó a cambiar y comenzó a tener pensamientos grandiosos acerca de sí misma.

Más tarde ese mismo día —en un estado de conciencia alterado—, salió de su trabajo y se fue manejando hacia su vecindario. Yendo de puerta en puerta, anunciaba cosas extrañas acerca de Jesús y del fin del mundo. Hasta se detuvo en un parque infantil para advertirles a los niños sobre el inminente peligro. Uno de los vecinos, preocupado por su comportamiento, llamó a la policía. Aun después de que llegara su marido Karla no estuvo dispuesta a cooperar.

Éste decidió llevarla al hospital para que la examinaran. Mientras estaba allí, le dijo al personal médico que tenía el poder de Jesús. Cuando comenzó a mostrar una fuerza inusual tuvo que ser sujeta y sedada con medicamentos psiquiátricos diseñados para ponerla en un estado de calma artificial.

Ahí fue cuando nosotros entramos en escena. Luego de recibir una llamada telefónica alertándonos acerca de esta situación, comenzamos a interceder en oración por esta joven desesperada. En menos de una hora, Karla se había calmado y hablaba racionalmente, y fue dada de alta del hospital al día siguiente. El doctor dijo que había sufrido una crisis nerviosa y le recomendó que descansara y tomara tranquilizantes. Ella continuó comportándose racionalmente, pero su gran confusión interna persistía.

Yo (Rebecca) pude encontrarme con Karla poco tiempo después de que le dieran de alta. Dios me dio la compasión y la paciencia para escucharla, pudiendo hablar con ella por muchas horas. Sus pensamientos eran confusos y distraídos. Lo que sabía de sí misma, de su vida y de su relación con Dios estaba en conflicto. A veces se mostraba perturbada; por momentos, lloraba sin consuelo. Pensé que estaba bajo opresión demoníaca. Con su permiso, y en el nombre de Jesús, le hablé directamente a los

espíritus malignos que la estaban torturando, ordenándoles que se detuvieran y que salieran de su presencia. Su semblante se relajó después de esto. Se calmó, comenzó a prestar atención y a comprender la batalla espiritual por la que estaba pasando.

Creíamos que Karla necesitaba un lugar seguro y tranquilo para recuperarse, adonde pudiese recibir consejería y ayuda, en un esfuerzo dirigido a restaurar su tranquilidad. Para ella fue muy importante saber que podía ser liberada de toda influencia y opresión demoníaca. Hablamos sobre la experiencia de Karla con un pastor amigo que había escrito un libro acerca de la guerra espiritual. Su conclusión fue que algunos de los espíritus demoníacos que habían estado atormentando a la madre de Karla se habían transferido a ella. Estábamos dispuestos a dedicar todo el tiempo y el esfuerzo que fuesen necesarios para lograr la completa liberación y restauración de Karla. Aunque no teníamos experiencia en tratar casos como éste, estábamos deseosos de aprender a luchar contra los espíritus demoníacos por lo que la invitamos a que se alojara con nosotros.

Karla parecía una niña por su manera de pensar y sus respuestas. Su concepto de quién era ella en Cristo había sido destrozado. La acosaban pensamientos de desesperación y suicidio. Había creído las mentiras de Satanás más que la verdad de la Escritura. Dios nos permitió guiarla de vuelta a la verdad bíblica y al uso de sus facultades mentales a través de la oración, la lectura y el estudio de la Biblia. Mientras la escuchábamos, y le mostrábamos nuestro tierno y paciente amor, el Espíritu Santo comenzó el proceso de restauración de su alma.

Nos hemos mantenido en contacto con Karla a través de los años. Su vida no ha sido fácil: tuvo que luchar con un marido infiel, su divorcio, ser madre sola, dificultades financieras, problemas de salud y ser incomprendida por los demás. Pero nunca flaqueó en su fe en Jesús, quien ama su alma. Tal como Jesús liberó a

María Magdalena del tormento de los demonios, también lo hizo con Karla. Y así como María Magdalena dedicó su vida a seguir a Jesús, a amarlo más que a cualquier otra persona, Karla también lo ha hecho. Jesús hizo por ellas lo que nadie más podía hacer—perdonó sus pecados, las liberó, las completó y les restauró su sano juicio. ¿Es necesario preguntar por qué lo aman tanto?



Uno de los secretos mejor guardados es el rol que desempeñaron las mujeres en la Iglesia primitiva. Ninguna mujer recibe más atención hoy que María Magdalena.

Ella es merecedora de renovado interés y estudio. Por muchos siglos se la rechazó como la “prostituta arrepentida” que interrumpió un banquete en la casa de un fariseo para mostrar su devoción a Cristo. Sin duda, la Iglesia oficial se alegró de que recibiera el perdón, pero la acusación la estigmatizó como una mujer de la calle. Fue elogiada a regañadientes por presentarse a sí misma a Cristo, pero no pudo escapar a la desgracia de la letra esarlata.

El origen de esta errónea identificación puede ser rastreada al año 591AD cuando el Papa Gregorio dio un mensaje en el que dijo que la prostituta cuya historia está registrada en Lucas 7 era realmente María Magdalena, quien era mencionada en Lucas 8 como la mujer que fue liberada de la posesión de siete demonios. Sin embargo, los eruditos concuerdan en que no había razón para establecer tal relación. En el Evangelio de Lucas, la historia de la prostituta anónima está separada de la referencia posterior a María Magdalena. La Iglesia Católica no corrigió oficialmente el error sino hasta el Concilio Vaticano Segundo, en 1964.

Lea Lucas 8:1-3 y estará de acuerdo de que el autor presenta a María Magdalena como a una nueva persona en la vida de Jesús.

En el relato no se hace ningún esfuerzo por relacionarla con la historia previa acerca de la mujer que ungió a Jesús en el banquete en la casa de Simón. Sí, María fue una mujer atribulada antes de que conociera a Jesús, pero no hay razón para pensar que fue una prostituta.

María Magdalena ha llegado a simbolizar la lucha de las mujeres a través de los siglos: A menudo incomprendida, descartada con indiferencia y eclipsada por el papel que los hombres tienen en el liderazgo espiritual. Esta mujer, que ocupó un lugar prominente en la vida de Jesús, ha sido estigmatizada a menudo por una iglesia dominada por el liderazgo de los hombres que, en el mejor de los casos, reconoció de mala gana la contribución que las mujeres han hecho a la historia de la fe cristiana.

María Magdalena tiene muchas hermanas. Ella es la motivación de todas las mujeres que se sientan en los bancos de nuestras iglesias deseando una oportunidad para servir, pero inseguras de que serán aceptadas y reafirmadas. Muchas mujeres talentosas buscan en vano ser aceptadas para sentirse útiles y respetadas en un ministerio significativo. La historia de María, cuya vida comenzó con una confusión secreta y terminó con una reafirmación de parte de Jesús, nos da esperanza a todos. Esta mujer, con un pasado turbulento, terminó siendo la primera testigo de la resurrección de su Señor.

En el capítulo final de este libro hablaremos acerca del debate contemporáneo sobre María Magdalena, tal como se la presenta en los *Evangelios Gnósticos* y en *El Código Da Vinci*. Respondemos preguntas acerca de su relación con el Santo Grial y la realeza francesa, pero en el resto de este capítulo estudiaremos su lugar en el Nuevo Testamento, examinando varios momentos de su relación con Jesús.

TRANSFORMADA POR JESÚS

Jesús hizo lo que ningún rabino de su tiempo hubiese aprobado jamás: Les permitió a las mujeres viajar con Él en sus travesías por todo Israel. Una de esas seguidoras era María Magdalena, una mujer que evidentemente no estaba casada, ya que se le identificaba sólo por el lugar de donde provenía. El nombre Magdalena o Magdala, se refiere probablemente al Migdal de nuestros días, el cual ha sido, históricamente, un importante centro agrícola, pesquero y comercial, ubicado sobre la costa occidental de la antigua Galilea.

No sabemos dónde se encontraron María y Jesús por primera vez. Quizás fue cuando Él visitó su pueblo cerca de Galilea. Ella había escuchado de sus milagros y buscó la liberación a través de su poder sanador.

La característica distintiva de María Magdalena es que fue exorcizada por orden de Jesús. Estaba poseída por espíritus malignos que sin duda la atemorizaban. Ha habido mucha especulación con respecto a los siete demonios que se dice tuvo María. Dante, el poeta italiano del siglo catorce, creía que los demonios de María Magdalena no eran literales. Él los llamó las siete cicatrices: soberbia, envidia, ira, intemperancia, lascivia (lujuria o concupiscencia), avaricia y pereza espiritual.

En efecto, Dante bien podría haber restado importancia a la difícil situación de María. Los pasajes del Nuevo Testamento que hablan acerca de demonios no deberían ser interpretados como supersticiones de una época antigua, ni tampoco como referencias simbólicas a cicatrices psicológicas. La evidencia muestra que Jesús encontró a menudo espíritus extraños que tenían una existencia independiente y que trataron de desafiar su autoridad, hablándole en algunas ocasiones. En este caso, sabemos que cuando María Magdalena conoció a Jesús, Él la liberó de sus poderes malignos.

A todos los que estamos interesados en las causas subyacentes de la conducta humana nos gustaría sentarnos con María y preguntarle acerca de su pasado. Nos gustaría saber cuándo se dio cuenta de la existencia de estos espíritus extraños y cómo sobrellevó su sufrimiento. ¿Estaba involucrada en prácticas ocultas?

Por supuesto, no sabemos la respuesta a estas preguntas. Pero sí sabemos algo de las características comunes de aquellos que son atormentados por esas personalidades ocultas, poderosas y malignas. Sentimientos de culpa, temor, autodestrucción y gran inquietud son, a menudo, identificados por los atormentados. Podemos imaginar que María estaba deprimida y que había perdido las ganas de vivir. Puede haber habido una lucha constante entre lo que ella sabía que era correcto y las cosas que estaba obligada a hacer. ¿Tenía una inclinación por el comportamiento antisocial? Ella estaba avergonzada sin lugar a dudas. Nada le gustaba de sí misma, se sentía maldita y confundida.

Después de que Jesús la liberó, la podemos describir como abrumada al tomar conciencia de dos cosas. Primero, que estaba limpia: La turbulencia emocional interior había terminado y su alma atormentada estaba en paz. Segundo, se le había dado el regalo de la dignidad y el valor. Después de años de desesperanza, encontró a alguien que la pudo liberar. Alguien que vio en ella algo digno de salvar, redimir y amar. Era alguien cuya opinión contaba mucho más que la de todos sus semejantes juntos.

La transformación de María fue extraordinaria. Probablemente lucía más joven; el peso del mundo le había sido quitado de sus frágiles hombros. Ya no importaba lo que otros pensarán de ella. Había conocido al hombre que tenía el poder de cambiar su vida. Ahora se dedicaría a seguirlo y a servirle.

UNA SEGUIDORA DE JESÚS

Hasta donde sabemos, María nunca regresó a Magdala. Si lo hizo, fue sólo para una breve visita. Ella llegó a ser parte de un círculo íntimo de mujeres, incluida Juana, la mujer del intendente de Herodes, y Susana (v. 3). Algunos nombres se mencionan en Lucas, otros no.

Debemos recordar ésto cuando nos sentimos insignificantes y cuando nuestros nombres no son registrados ni honrados. No todos los nombres de los fieles fueron registrados en la Biblia, aun cuando vivieron en el tiempo de Jesús. Nuestros nombres podrían no estar nunca en un periódico o en una lista de oradores, pero Dios sabe quiénes somos, y somos tan especiales para Él como lo fue María.

Leemos: "...También había otras muchas que ayudaban con sus bienes al sustento de Jesús y sus discípulos". (Lucas 8:3). Ellas no sólo ministraban a Jesús y a sus discípulos financieramente, sino también en lo personal y en lo espiritual. La palabra *ayudaban*, a veces traducida como *ministrar*, es realmente *diakonos* en griego, de la que viene la palabra *diaconisa*. Pablo llama *diakonos* a Febe en Romanos 16:1. Estas mujeres que ayudaron a Jesús fueron las primeras diaconisas.

Jesús y sus colegas necesitaban dinero para vivir; después de todo, no recibían salarios por viajar y compartir las buenas nuevas. A Jesús mismo no se le pagaba por sus sermones ni por sus milagros. Estas mujeres lo sustentaban ofreciendo oraciones, obteniendo y preparando comida, y demostrando su servicio a través de distintos actos de bondad y aliento. Estas mujeres iban para ayudar, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, a menudo viviendo en campos abiertos y cuevas. María era miembro del séquito de Jesús, ese grupo de mujeres que viajaba con Él y lo ayudaba.

Los rabinos nunca hubieran aprobado eso. Las mujeres eran vistas como indignas de confianza y seductoras; en efecto, gene-

ralmente se las culpaba por los deseos sexuales de los hombres y por cualquier relación adúltera que pudiese resultar de ello. Entonces, es probable que el liderazgo religioso oficial pensara que era incorrecto viajar con lo que pudiese ser interpretado como un harem. Pero Jesús no permitía que los hombres culparan a las mujeres por sus indiscreciones sexuales y deseos. Cuando dijo: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28), Jesús estaba echando la culpa de los deseos profanos de los hombres directamente sobre sus hombros. *Ellos* tenían la responsabilidad de controlarse a sí mismos y, si fuese necesario, de sacarse los ojos para no pecar (v. 29).

En una evidente movida contracultural, Jesús se aseguró de que las mujeres no fuesen tratadas como marginadas o indignas del ministerio. Los viajes en grupo aseguraban que el séquito mantuviese el decoro correcto. Y podemos estar seguros de que la presencia misma de Jesús prevendría cualquier indecencia. Pero ni Él mismo ni sus discípulos se privarían de la presencia de las mujeres, que tenían un celo piadoso para ayudar en el ministerio.

Sin embargo, en segundo término —y esto es importante— los otros rabinos no habrían viajado con tal séquito porque las mujeres eran vistas como “imbéciles”. Una secta de los fariseos oraba así cada mañana: “Dios, te agradezco porque no soy mujer”. Además, un hombre sólo tenía que aplaudir tres veces para divorciarse legalmente de su mujer por algo tan trivial como quemar el pan. La actitud predominante era que la mujer era considerada digna sólo para tener niños y servir a la especie masculina.

Jesús pensaba de otra manera.

La enseñanza bíblica del liderazgo masculino, a menudo mal interpretada, ha causado con frecuencia que los hombres miren a las mujeres con sentimientos de superioridad. Fuesen los fariseos

durante el tiempo de Jesús, o el actual liderazgo de algunas iglesias, las mujeres se han sentido a menudo limitadas en el ejercicio de sus dones. Sin embargo, muchas han superado tales desalientos y han logrado grandes cosas en el nombre de Cristo. Como María Magdalena, ellas se han alzado por sobre sus limitaciones para desempeñar un papel relevante en la difusión del evangelio.

Considere estos ejemplos: una mujer llamada Fabiola fundó el primer hospital cristiano en Europa; Amy Carmichael abrió un orfanato cristiano para niñas maltratadas en India; y una reciente viuda llamada Elisabeth Elliot vivió con la remota tribu ecuatoriana que había asesinado a su marido, con el fin de traducir el Nuevo Testamento a su lenguaje.

Sabemos que Jesús aplaudiría a estas mujeres talentosas, y a muchas más a través de la historia de la Iglesia, cuya visión y determinación las motivaron a hacer grandes cosas por la causa del reino.

EN LA CRUZ

Desde el principio de su asociación con Jesús, estas mujeres evidentemente continuaron ayudándolo hasta la crucifixión. Hablando de ese acontecimiento, leemos: “Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo” (Mateo 27:55-56). Es digno de mencionar que María Magdalena no es distinguida de manera alguna como más importante o especial para Jesús. Arriesgándose mucho, todas estas mujeres se atrevieron a acercarse lo más que pudieron a la espantosa crucifixión de su amigo y Salvador.

La profundidad del compromiso de María Magdalena puede ser medida por su presencia en la cruz. El apóstol Juan describe la escena: “Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana

de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena” (Juan 19:25). Estaban juntas de pie, llorando y mirando horrorizadas. Este no era un lugar para que estuviese una mujer; en realidad, no era un lugar para que estuviese un hombre.

La película de Mel Gibson, *La Pasión del Cristo*, ha cambiado la manera en que vemos el sufrimiento de aquellos que fueron crucificados. Probablemente fue difícil para las mujeres llegar cerca de la cruz de Jesús debido al grupo de soldados y al amontonamiento de la gente. Pero a medida que pasaba el tiempo, la muchedumbre se iba dispersando y las mujeres se acercaron tanto como pudieron, “hasta que finalmente quedaron donde podían oír los graves quejidos de su sufrimiento, ver la sangre de sus heridas gotear lentamente, y oír los graves tonos con los cuales Él encomendó a su madre a su apóstol Juan”.¹

Evidentemente, después que Cristo le encomendó su madre a Juan, la mayoría de las mujeres se fueron. Pero dos de ellas rehusaron irse. Una fue la madre de Jacobo y José, y la otra fue María Magdalena. Se quedaron hasta después de que Jesús murió y su cuerpo fue retirado.

José de Arimatea, un seguidor secreto de Jesús, le pidió el cuerpo del Maestro al gobernador romano Pilato. Este le concedió su petición. Con la ayuda de un hombre llamado Nicodemo, otro seguidor de Jesús, José bajó el cuerpo de la cruz. Los dos hombres lo prepararon con especias costosas, lo envolvieron en lienzos y lo pusieron en el sepulcro del huerto de José, el cual había sido recién labrado en una peña “. . . e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro. Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían” (Marcos 15:46-47).

La última en dejar la cruz; la primera en verlo acostado en la tumba.

María amaba a ese hombre, Jesús, que le dio un nuevo comienzo, un hombre que le perdonó su pasado y le ofreció un

futuro eterno. Él también restauró su dignidad permitiéndole colaborar en su ministerio. La intensidad de su amor fue resultado directo de la liberación y el perdón que ella había recibido. Se le perdonó mucho, por lo que amó mucho.

María, como los doce discípulos, no estaba preparada para la muerte de Cristo. Cuando Jesús predijo que estaba a punto de morir, su grupo de seguidores más cercano simplemente se negó a creer en sus palabras, insistiendo en que eso no podía ser cierto. Era difícil para ellos, si no imposible, creer que el Mesías podía estar tan desvalido como para ser vencido por hombres malvados. Durante su tiempo con Él, habían llegado a la conclusión de que siempre podría burlar a sus enemigos. Lo habían visto con sus propios ojos. Pero ahora Jesús estaba muerto. Estaban devastados. Y si no esperaban su muerte, con toda certeza, menos esperaban su resurrección.

María esperó hasta la culminación del sábado judío antes de que ella y las otras mujeres se acercaran sigilosamente en la oscuridad de la madrugada al sepulcro donde el cuerpo de Jesús había sido puesto. Habitualmente, las mujeres preparaban el cuerpo para el entierro poniendo especias junto al mismo, por lo que María llegó buscando el cuerpo de Jesús para completar la tarea. ¡Cuánto agradecemos que no encontrara lo que estaba buscando!

María también llegó al sepulcro a encontrar respuestas a sus preguntas. ¿Cómo podía estar muerto Aquel que tuvo el poder de liberarla de siete demonios? ¿Cómo podía no estar más el hombre en quien ella confiaba? ¿Cómo podía el Mesías haber tenido una muerte tan horrible e injusta? “Cuando ellos acosaron a Jesús y le colgaron en la cruz, demostraron realmente cuán indefenso es Dios”. Cuando la esperanza muere, se dijo María a sí misma, una se queda sola y abandonada.²

LA RESURRECCIÓN

Cuando María llegó al sepulcro, no pensó que algo inusual hubiese ocurrido. El dolor distorsiona la realidad. María no estaba buscando al Cristo viviente, estaba buscando a uno muerto.

Un hombre le dirigió la palabra de repente. Pensando que era un jardinero, le preguntó: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré” (Juan 20:15).

“María”. El hombre la llamó por su nombre.

Cristo, el Buen Pastor, “. . . a sus ovejas llama por nombre . . . y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.” (Juan 10:3-4) La relación de Jesús con nosotros es siempre personal. Nacemos en un mundo impersonal, se les da un número a nuestras cunas, luego otro número a nuestro certificado de defunción. Entre estos dos eventos, nuestras identidades son definidas por números como el del seguro social y los de las tarjetas de crédito. Si no tenemos cuidado, alguien podría robar nuestras identidades. Pero Jesús sabe quiénes somos, personal y confidencialmente. Él nos llama por nuestro nombre, tal como lo hizo con María.

María se dio vuelta rápidamente y “le dijo en arameo: *¡Raboni!* (que quiere decir, Maestro)” (Juan 20:16, énfasis añadido).

Jesús dijo: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre” (v. 17). Ella se conmovió al verlo, trató de tocarlo y, posiblemente, de asirse a sus pies. Jesús le dijo que no lo tocara, porque aún no había subido a la presencia de su Padre. La naturaleza de su relación había cambiado. Ya no era el Jesús terrenal, sino un Jesús celestial en transición.

Esa es la única vez en el Nuevo Testamento en que Jesús y María Magdalena estuvieron solos y juntos. Ella fue bendecida de dos maneras al estar en su presencia:

Primero, Jesús la llamó hermana cuando dijo: “mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y

a vuestro Dios” (v. 17). Obviamente, como Dios es *su* Padre y también Padre de *María*, eso la convierte en su hermana. Esta es también la primera vez que llamó *hermanos* a sus discípulos, dándole una expresión explícita a la nueva familia que había sido creada. Jesús es el “hermano mayor” y todos nosotros somos parte de la familia.

Segundo, Jesús le dio una misión a María: “Ve a mis hermanos”. *Ella* tiene que volver a decirle a los discípulos lo que ha visto y oído. Esta mujer es la primera testigo de la Resurrección, la primera en llevar las nuevas a otros. *¡La doctrina que es el corazón del cristianismo fue proclamada primero por una mujer!*

¿Por qué eligió Jesús a María para llevar este mensaje gozoso? Muy probablemente, hay varias razones. Ante todo, la eligió por su fidelidad. Ella no lo había negado como Pedro. No lo abandonó como los discípulos. Permaneció cerca de la cruz cuando Él estaba muriendo. Fue al sepulcro para ungir su cuerpo. Estaba dispuesta a buscar el cuerpo desaparecido.

Jesús también eligió a María porque ella lo amaba. Amaba a Jesús, no de una manera romántica, sino con un amor que provenía de su gratitud y devoción por lo que Él había hecho por ella. La había liberado de una prisión de aflicción y tormento demoníaco. Había cambiado su vida drástica y completamente y le había dado algo por lo cual vivir. ¡No es de extrañar que ella lo amara tan profundamente! ¿No lo haría usted? Aquellos que hemos sido liberados y perdonados de nuestros pecados también lo amamos profundamente. *Cada pecador tiene un pasado; cada santo tiene un futuro.*

Por lo cual, el hecho de que fuera la única en el sepulcro en ese preciso momento no es para ser pasado por alto. María se había ganado el derecho de ser honrada como una de las más grandes mujeres de la historia del Nuevo Testamento. Esto es, a propósito, una prueba de la autenticidad histórica de la narrativa.

¡Ningún autor judío en el mundo antiguo habría inventado una historia con una mujer como la primera testigo del evento más importante de la cristiandad! Es más, los judíos no aceptaban el testimonio de una mujer; se le consideraba inválido, dentro y fuera de la corte. No es de extrañar que María reclutara a otras mujeres para ir con ella a contarles las nuevas a los discípulos.

Como era de predecir, los discípulos no le creyeron a María ni a las otras mujeres cuando dijeron que Jesús estaba vivo. “Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían” (Lucas 24:11). Jesús estaba, en efecto, diciéndole a María: “Ellos no confían en ti, pero yo sí . . . Sé que eres una mujer íntegra; sé que eres digna de llevar mi mensaje”.

Los cuatro evangelios insisten en que Jesús apareció primero a las mujeres. Darrell Bock escribe: “Este detalle, compitiendo como lo hace contra la más extensa y antigua cultura, es una de las evidencias cruciales de que las historias de la resurrección no fueron inventadas por una iglesia tratando de darle a Jesús una condición mayor de la que realmente tenía”.³ Jesús destrozó los estereotipos.

Leonard Swindler dice que al elegir a María para proclamar la resurrección, Jesús rechaza claramente la condición de segunda clase de las mujeres. El esfuerzo de Jesús por conectar a las mujeres con su evangelio, escribe, “es tan obvio que es un tributo abrumador a la miopía intelectual del hombre por no haberlo advertido eficazmente en dos mil años”.⁴ Este evento constituyó una gran afirmación del valor y el mérito de las mujeres.

María fue cambiada por la resurrección. Todos hemos conocido gente que ha tenido que pararse al lado de la tumba de un niño pequeño u otro ser querido y ha pensado cómo podría seguir adelante. La resurrección nos asegura que algún día esas tumbas estarán tan vacías como la de Él, “porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Pararse al pie de la cruz y no

saber que hay una resurrección sería un motivo para desesperarse, pero así como María, que proclamó: “¡He visto al Señor!”, nosotros podemos tener la certeza de que el Cristo que amamos está vivo y que pasaremos la eternidad con Él.

A Jesús lo atraían aquellos que eran débiles, que eran marginados, que necesitaban ayuda y lo admitían. Lo mismo es cierto hoy. En los tiempos antiguos, las mujeres eran atraídas a Jesús. “La pureza de su alma, su cortesía reverente hacia el sexo opuesto, su apoyo a la igual dignidad con los hombres ante Dios, y su demanda de celo supremo en todo lo referente a la difusión del nuevo reino, las atrajo a Él”.⁵

Hebreos 13:8 dice: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y por los siglos”. Jesús es el mismo hombre hoy por todas esas mismas razones. Podemos confiar en Él, al igual que las mujeres de aquellos días, que descubrieron que Él era un hombre en quien podían confiar.

En consecuencia, Él descubrió que podía confiar en ellas como amigas verdaderas. Jesús rompió con el precedente y les dio un rol creciente en la Iglesia. Dejó que lo ayudaran, y ellas demostraron devoción y fiabilidad. Cuando la madre de Santiago y Juan se le acercó con una pregunta, Él la escuchó cortésmente. Cada mujer que se encontró con Jesús se sintió reafirmada y digna porque Él le prestó toda su atención. Hoy les pide a las mujeres que salgan de las sombras y le sirvan de la mejor manera, utilizando sus dones. María Magdalena es la prueba de que *lo que somos no determina quienes seremos*.

Ella también nos recuerda que Jesús puede estar cerca sin que lo sepamos. Caminamos con el Cristo ascendido. Él está a nuestro lado. Nos llama por nuestro nombre, pero podríamos estar muy ocupados para oírlo. Él nos habla en las circunstancias, en el sufrimiento, a través de un amigo y, especialmente, a través de los rela-

tos del Nuevo Testamento, y quiere que lo escuchemos. Está más cerca de nosotros de lo que pensamos.

Podemos afirmar que las mujeres han hecho contribuciones significativas a través de la historia de la Iglesia. Una que ha sido pasada por alto es la composición de himnos. En algunos casos, se cantan en iglesias en las que no se les permite hablar a las mujeres. Una de tales compositoras de himnos es Jennie Evelyn Hussey, que vivió en New Hampshire a principios del siglo XX. Ella pasó la mayor parte de su vida cuidando a su hermana inválida, aun cuando sufría una artritis deformante. Cuando el dolor era casi imposible de soportar, escribió un poema memorable llamado “Guíame al Calvario” que le daría un lugar entre los grandes poetas de nuestro tiempo. Cantamos:

Que esté dispuesto a llevar Señor
Diariamente mi cruz por ti
Aun a compartir tu copa de dolor
Guíame al Calvario.

Pero la estrofa que podemos usar como nuestra propia oración es esta:

Déjame, como a María, en la penumbra
Venir con un regalo para ti
Muéstrame ahora la tumba vacía
Guíame al Calvario.

María nos enseña que tenemos que ir, más allá de la cruz, a la tumba vacía. Allí, a través de nuestras lágrimas, hallamos esperanza y ayuda cuando Jesús nos llama por nombre. Y cuando oímos nuestros nombres, somos invitados a compartir las buenas nuevas de Jesús con todos los que se crucen en nuestro camino.

UNA ORACIÓN

Sí, Padre, como María, quiero entrar a la tumba vacía de Jesús y experimentar la seguridad de que estás firme a mi lado, pese a mis desengaños y a mi soledad. Te agradezco que me sacaras del anonimato, como a María, para darme esperanza y sanidad. Es mi ruego por mí y por todas aquellas que me rodean y que también necesitan un toque de tu gracia. Te agradezco tu amor y tu compañía. En el nombre de Jesús. Amén.



Y [a Jesús] le era necesario pasar por Samaria. Fue, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del viaje, se sentó junto al pozo. Era como la hora sexta.

Llegó una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí. Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le pedirías, y él te daría agua viva.

La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?

Jesús le contestó: Cualquiera que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.

La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed ni venga aquí a sacarla.

Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá.

Respondió la mujer y dijo: No tengo marido.

Jesús le dijo: Bien has dicho: “No tengo marido”, porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido. Esto has dicho con verdad.

Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, pero vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.

Jesús le dijo: Mujer, créeme que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que lo adoren. Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren.

Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo. JUAN 4:4-26

NOTAS

Introducción

- ¹ Dan Brown, *The Da Vinci Code [El Código Da Vinci]* (New York: Doubleday, 2003), 248.

Capítulo 1

- ¹ M. Madeline Southard, *The Attitude of Jesus Toward Women [La Actitud de Jesús Hacia las Mujeres]* (New York: George H. Doran Company, 1927), 133.
- ² William Barker, *Personalities Around Jesus [Las Personalidades Alrededor de Jesús]* (New Jersey: Fleming H. Revell, 1963), 96.
- ³ Darrell L. Bock, *Breaking the Da Vinci Code [Descifrando el Código Da Vinci]* (Nashville: Nelson Books, 2004), 138.
- ⁴ Leonard Swindler, “Jesus Was a Feminist” [“Jesús Era un Feminista”], *Catholic World* (1971): 180.
- ⁵ Citado en Southard, *The Attitude of Jesus Toward Women [La Actitud de Jesús Hacia las Mujeres]*, 122.

Capítulo 2

- ¹ Darrell L. Bock, *Breaking the Da Vinci Code [Descifrando el Código Da Vinci]* (Nashville: Nelson Books, 2004), 54.
- ² Mary Whelchel, manuscrito inédito.
- ³ Ibid.
- ⁴ William Barclay, *The Gospel of Mark [El Evangelio de Marcos]* (Edinburgh: St. Andrews Press, 1955), 140.
- ⁵ Augustine, *Confessions [Confesiones]*, 1:1, traducido al inglés por John K. Ryan (New York: Image Book, 1960).
- ⁶ M. Madeline Southard, *The Attitude of Jesus Toward Women [La Actitud de Jesús Hacia las Mujeres]* (New York: George H. Doran Company, 1927), 89.
- ⁷ Barclay, *The Gospel of Mark [El Evangelio de Marcos]*, 155.
- ⁸ Southard, *The Attitude of Jesus Toward Women [La Actitud de Jesús Hacia las Mujeres]*, 88.
- ⁹ William Barker, *Personalities Around Jesus [Las Personalidades Alrededor de Jesús]* (New Jersey: Fleming H. Revell, 1963), 80.